

Sintiendo entre los dedos... ¡miserable  
De mí! ¿Cómo he de verle á impulso suyo  
Palidecer, temblar y desplomarse?  
Yo no amaba á su padre: en una carta  
Fácil era decir: «Va al campo, mátales.»  
¡Pero á él yo misma, con mi propia mano,  
Tranquilo el corazón, sério el semblante,  
Dársela...! no: le tuve en mis entrañas;  
Tiene mi mismo sér, mi misma sangre:  
No, no: que viva, y cámbiese el destino.  
¡Hijo mio!... ¡Infeliz! me acuerdo tarde.  
Si vive, hoy mismo le echaré de Burgos,  
Pues hoy de Burgos contra moros parte,  
Y mañana ese Hissem ¡que nunca viera!  
Pondrá en sus manos mi secreto infame.  
Esa carta fatal que mi deshonra  
Al universo entero hará palpable,  
Y á seis años de hipócritas virtudes  
El velo criminal fuerza es que arranque.  
Y el insolento vulgo castellano,  
Y el vulgo vengativo de los árabes,  
Ponderando mi crimen á porfía,  
Insultarán mi nombre y mi cadáver.  
¡Maldita fué de mi nacer la hora!  
¡Maldito el sino que á la tierra traje,  
Tigre sedienta de la sangre mia  
Sin que jamás con la vertida me harte!  
¡Y no hay mas esperanza, no! Si el pliego  
Llega á sus manos y su escrito sabe  
Que conoce ya el vulgo, el mismo airado,  
El mismo por su honor vendrá á matarme;  
Sí, que no torcerá de su justicia  
La recta ley ni por su propia madre.  
El morirá tras mí de pesadumbre,  
De deshonra y de horror, si á tanto osare:  
Mas osará, que es su ídolo la gloria,  
Y es de justicia testimonio grande.  
Muera: retroceder es ya imposible;  
Ante el destino la conciencia calle:  
Muera, sí; pues mi horóscopo le ordena,  
Yo no, sino el infierno es quien lo hace.  
(Vierte el licor del pomo en la copa de oro.)  
Cayó...! ¡Veo á la muerte descarnada  
Por detrás de los bordes asomarse  
De la ancha copa, y con la seca mano  
Y sonrisa diabólica llamarme!  
¡No, no hay remedio ya...! Mas ¿si no bebe?  
¿Si hace un descuido que de copa cambie?  
Ambas á dos las dejaré servidas,  
Y él tomará la que le esté delante.  
(Llena de vino las dos copas, y pone la de  
oro, en que está el veneno, en el sitio del  
conde.)  
¡Cúmplase pues nuestro fatal destino,  
Que tumba al uno de nosotros abre!  
Para uno de los dos guarda esa copa  
De la callada eternidad la llave.  
(Cae en el sillón desfallecido.)

## ESCENA VIII.

## LA CONDESA, EL CONDE.

Conde. Madre mia.

(Después de contemplarla un momento.)

Condesa, espantada. ¿Quién es? ¡él!

Conde. ¿Qué os espanta

De ese modo, señora, en mi semblante?

Condesa. ¡Se me hiela la voz en la garganta!

Sancho, no estrañes si de mí delante

Viéndote me turbé, que me quebranta

Saber que á lidiar vas. ¡Terrible instante!

Conde. Tal es mi obligación, guardar mi tierra

Antes que en mala paz en buena guerra.

Condesa. Siempre es la guerra tu primer deseo;

Tu primer pensamiento las batallas;

Tu mas galan y acomodado arreo

El casco duro y las tupidas mallas.

Siempre dispuesto á pelear te veo;

Siempre á la paz inconvenientes hallas,

Y entre tanto tus pueblos desdichados

Quedan con lo mejor, pero asolados.

Conde. Madre, os vende la voz vuestro deseo

Y habláis como muger, de las batallas.

Siempre enemiga y militar areo.

Si en vez de yelmos y tupidas mallas

La seda usando á que inclinada os veo

Puesto á su torpe paz no hubiera vallas,

Los árabes mis pueblos desdichados

Me dejaran con paz, pero asolados.

Condesa. Un enemigo que la paz implora

Leal será, pues serlo necesita.

Conde. Madre, eso no habla con la gente mora,

Raza salvaje que el desierto habita:

Se humilla al vencedor, pero traidora

En oportuna rebelion medita.

Condesa. Es, Sancho, esa opinion harto estremada.

Conde. Leed la historia de la edad pasada.

Siempre fueron lo mismo: los detesto,

Y mas reñir con ellos me acomoda

Que haberlos de sufrir.

Condesa. Y á pesar de esto,

Sancho, á pesar de tu arrogancia toda,

Lejos ahora están de tus fronteras.

Conde. No tan lejos, señora: esos peñascos

Guarecen á su sombra sus banderas,

Corvos alfanjes y redondos cascos.

Condesa. Esas noticias son...

Conde. Harto seguras:

Desde el balcon del camarín vecino

Se alcanza por las hondas quebraduras

## ESCENA X.

## EL CONDE, LA CONDESA.

Condesa. ¡Siento los piés clavados á la alfombra,

Y siento que en latido atropellado

Hielo es mi corazón, mis ojos sombra!

Dame, infierno, el valor desesperado

Que esta ocasion tremenda necesita.)

Conde. (Su crimen ¡infeliz! ¡cuánto la asombra!)

Condesa. (Cúmplase todo; pero pronto sea,

Antes que calme mi pasión precita,

Y este vértigo horrible que me agita

Contra mí misma convertirse vea.)  
(Sale Sancho con un gran plato, que pone en la mesa.)

## ESCENA XI.

## EL CONDE, LA CONDESA, SANCHO.

Conde. Madre.

Condesa. Héme aquí. (Con resolución.)

Conde. Cuando gustéis.

Condesa. Ahora.

(Se sientan.)

Conde. Haz, Sancho, tu deber, y que tu daga

De ese magro tasajo lonjas haga.

(A la condesa.)

Y vos tan triste no os mostréis, señora:

Comed y despejad el rostro adusto.

Con la causa leal que defendemos

Dios nos querrá ayudar y venceremos.

Condesa. (No puedo apenas respirar de susto.)

San. (De zozobra y de espanto no respiro  
Mientras las copas preparadas miro.)

Conde, á la condesa. ¿Mas no coméis?  
Efímeros temores

Desechad, madre mia:

Siempre fuimos nosotros los mejores,

Y espero en Dios que nos dará un buen día.

Condesa. ¡Su voz me aterra!

Conde. ¡Acabe esta agonía!

Ea, madre, por si es la postrimera

Que juntos ambos apurar debemos,

Asid la copa y apurada entera;

Pues si dejarla en la mitad os vemos,

Que tembláis por la suerte que me espera

O en mi valor dudais recelaremos.

Condesa. ¡Yo, Sancho!

Conde. Ea, brindad á mi fortuna

Y hollará mi coreel la media luna.

De sus turbantes el revuelto lino.

Condesa. Moros, Sancho, enemigos tus  
antojos

Te pintan por dó quier.

Conde. Madre, vos misma

Verlos podeis por vuestros propios ojos.

Condesa. (El en su misma perdicion se abisma;

Todo su mala estrella lo previno,

Y es inútil luchar con el destino.)

Conde. Ved al balcon, llegad.

(El conde la invita á que entre en el camarín: la condesa no llega mas que al dintel de su puerta, volviendo la espalda á Don Sancho.)

Condesa. (No tengo audacia  
Para mirarle al rostro.)

Conde. (Aun tengo miedo  
De este infernal brebaje á la eficacia.)

(Saca un pomito.)

¿Los veis?

Condesa. No.

Conde. Mirad bien. (¿Qué aguardo? Ea,  
De su misma traicion victima sea.)

(El conde vierte el licor que contiene el pomo en la copa de plata que la condesa ha colocado en su sitio, mientras esta mira por el balcon. Al punto de verter el líquido el conde aparece Sancho, que le dice aterrado:)

## ESCENA IX.

## EL CONDE, LA CONDESA, SANCHO.

San. ¡Señor! (Aparte al conde.)

Conde, aparte á Sancho. ¡Silencio! —  
En fin al cuerpo demos

El nutrimento necesario y justo

Los que muy pronto pelear debemos.

Sancho, sirvenos ya lo que tenemos,

Si es de mi madre voluntad y gusto.

(Sancho, que hasta ahora ha ido colocando al rededor de la mesa frutas en canastillos, etc., etc., y en el aparador platos de plata, ánforas para los vinos, etc., sale otra vez á buscar la vianda pedida por el conde. Este, apoyado en el espaldar de su sillón, contempla á su madre, que afectando mirar por el balcon que se supone en el aposento inmediato, mostrará su incertidumbre y su angustia. Esto depende de la actriz.)

Condesa, asiendo su copa con un movimiento convulsivo y desesperado.  
Sea.

Conde, Condesa. Bebamos.

(El conde acerca la copa á sus labios y mira beber á la condesa. Esta apura la suya, y al apartarla de la boca dice:)

Condesa. Todo está cumplido.

(Al dejar la condesa su copa vacía sobre la mesa deja el conde llena la suya, la condesa lo mira y esclama aterrada:)

Más ¿qué miro, ¡gran Dios! tú no has bebido?

Conde. Ni beberé jamás, que es sino nuestro.

(Se levantan.)

Condesa. ¡El sino atroz de nuestra estrella sabes!

Conde. Pues os hice beber, que sé de nuestro

Que el uno de los dos...

Condesa, interrumpiéndole. Sancho, no acabes.

¡Te comprendo muy bien, y el fin siniestro Veo que das á mis delitos graves!

Ambos á dos tenemos en las venas Sangre de maldición, sangre de hienas.

Conde. ¡Dadme fuerzas, Señor!

Condesa, con desprecio. ¡Y al cielo invoca!

Hecio, no van allí nuestras plegarias.

Solo al infierno apadrinarnos toca

Nuestras culpas que alienta hereditarias.

Conde. ¡Madre!

Condesa. ¡Ay de mí! que en la desierta boca

Se apagan los sentidos... Solitarias

Van mis ideas por la mente loca

Girando... Sancho... mi secreto encierra...

¡No dejes tal baldon sobre la tierra!

(La condesa, que hablando así habrá ido acercándose hácia la puerta de su habitación, entra en ella figurando caer desvanecida. El conde cierra las puertas.)

San., horrorizado. ¡Qué habeis hecho, señor! ¡Muerta!

Conde, con fiereza. ¡Villano!

Si osas de Sancho murmurar tal mengua

Voy á arrancarte con mi propia mano

De la garganta vil la torpe lengua.

San. ¡Señor...!

Conde. En casos por mi honor medidos Cree primero á mi honor que á tus sentidos. Vamos.

(Sancho queda á un lado humillado y sin moverse. El conde contemplándole dice:)

(Su miedo la ignorancia abulta.

¡Dichoso de él, que comprender no sabe

Que en nobles quepa lo que en él no cabe!  
(A Sancho.)

Sancho, el moro.

## ESCENA XII.

EL CONDE.

Y á pesar de todo

En esa horrenda póclima no fio,

¡Ay de mí! y á creer no me acomodo

En las protestas del traidor judío.

¡Perdona si te trato de ese modo,

Madre, no culpes el intento mio,

Y al contemplar tu suerte venidera

Piensa en la suerte que por tí me espera!

## ESCENA XIII.

EL CONDE; HISSEM, A QUIEN CONDUCE SANCHO, QUE SE MARCHA A UNA SEÑA DEL CONDE.

(El conde y el árabe quedan un momento contemplándose con altivez.)

Conde. Contemplándote estoy y á vueltas ando

¡Vive Dios! con la saña que me inspiras

Y el desprecio que siento por tu bando.

Hiss. No temo tu desprecio ni tus iras.

Al árabe el horror nació contigo

Como el horror á tu nacion, cristiano,

El día en que nació conmigo.

Conde. ¡Aun te atreves á hablar, traidor pagano!

¿Olvidas que me ha dicho esta mañana

En la gruta del viejo israelita

Tu lengua misma tu traicion villana?

¿Que tu presencia mi furor escita,

Y que el recuerdo de tu ruin ultraje

Tu sangre está pidiendo á mi corage?

Hiss. No receles que el miedo entre en mi pecho:

Contrario tuyo hasta el postrer suspiro,

Cuanto osé contra tí doy por bien hecho,

Ni me arrepiento ni á perdon aspiro.

¡Tú me desprecias! yo tambien.

Conde. Me espanta

El ver que en solo un hombre caber puede

Con tan grande traicion audacia tanta.

Hiss. Conde, á la tuya mi altivez no cede.

Nunca esperé de tí mas que ira y guerra,

No esperes mas de mí que guerra é ira:

Si ira á mi grey tu corazon encierra,

Ira á tu grey mi corazon respira.

Conde. Ira noble ¡pardiez! guerra tan solo

Digna de infieles cual vosotros: lucha

Cobarde y baja, de traicion y dolo.

Hiss. Propia contigo de mi raza... escucha.

No de esa ira vulgar que al fin se acalla

Sangre enemiga sin piedad vertiendo

En el ciego furor de una batalla,

No: mas ansiaba mi furor tremendo.

Mi padre, mis hermanos, mis amigos

Cayeron al furor de tu cuchilla

En buena lid, cual nobles enemigos,

De cara á los pendones de Castilla.

Cuanto adoré me lo arrancó tu guerra,

Padre, amor, amistad... y otra esperanza

No quedándome ya sobre la tierra

Abrasóme la sed de la venganza.

Velé, inquirí, maquinador y astuto

A los reyes de Córdoba y Sevilla

De mi venganza interés en el fruto

Y vengarles juré... con tu mancilla.

Conde. ¡Traidor!

Hiss. ¡Tú me desprecias! oye ahora

Cuanto ha podido mi venganza mora.

En tu tierra y palacio introducido,

Mirándote léal, franco, y valiente,

Que ha de ser á tu orgullo, he deducido

Mayor venganza la que mas te afrente.

Vi que te era el honor mas que el sol caro

Y al de tu madre osé: vi que dejaste

En Burgos á tu padre sin amparo

Cuando á su autoridad te rebelaste,

Y á tu padre apresté sorda emboscada

Y en tí cayó la culpa de su muerte.

Tu gloria y tu virtud dejo manchada,

Castellano feroz: escarnecerte

Puede el vulgo en tu madre deshonrada,

Y de tu padre en la sangrienta suerte.

Todo esto es obra mia. Sacia ahora

Tu sed de sangre con mi sangre mora.

Conde. Si haré: mas antes enseñarte

quiero,

Pues tu furor encomias, africano,

Su limpio honor para guardar entero

Lo que puede el furor de un castellano.

¿Te jactas de dejar en mi linage

Un inmundo borron y en mi corona

Por robar el amor de una matrona

De mi estirpe réal? ¿Tamaño ultraje

Piensas que puede por su parte impune

Porque titulos mil en su persona

Contra mi ley justisima reune?

Mientes, infiel: la gente venidera,

Cuando ose recordar que fué liviana,

Se espantará de la venganza fiera

Con que lavé mi estirpe soberana.

No: ni un testigo dejaré siquiera

Que deshonne á la noble castellana.

Y quedará en la sombra mas profunda

Bajo otro crimen su pasion inmunda.

Mira.

(Abre el camarín y le muestra á la condesa.)

Hiss., espantado. ¡Tu madre!

Conde. Si; contempla ahora

Con qué sed beberé tu sangre mora.

Solo con ella mi baldon se lava;

Mas no basta la tuya solamente,

Africano traidor; en tí se acaba

Mi indulgencia y piedad para tu gente.

Para nadie la habrá: no: esos dos reyes

Que para mí te dieron credenciales,

Al abrigo poniendo de mis leyes

De sus embajadores los puñales,

Hoy me conocerán. Perros traidores,

Que el campo abandonais de las batallas

Y pagais asesinos vengadores

Detrás de vuestras torres y murallas:

Veo que á vuestros nobles vencedores

Vuestro pavor servil no hallando vallas

Apresta una venganza mas segura

Envuelta en noche de traicion oscura.

No he de olvidarlo: vuestra raza entera

La mancha blanqueará de esta mancilla.

Grajos viles, que espanta mi bandera,

Son los reyes de Córdoba y Sevilla:

Y yo haré con sus reinos una hoguera

A cuya luz, delante de Castilla

Irán como espantados jabalíes

Al salvaje compás de sus *lelies*.

Infel tengo de ser con los infieles:

Vil he de ser con quien por vil me toma.

Sangre habrá: vuestros blancos alquiceles

Rojos serán; y pues la guerra os doma,

Pesebres han de ser de mis corceles

Los profanos altares de Mahoma,

Y las ricas doncellas africanas

Esclavas de mis pobres castellanas.

Moro, en prenda de guerra inextinguible

Voy á mandar tu tronco y tu cabeza

A esos reyes que dieron por posible

Que ahogaras tú mi vida y mi grandeza.

Yo he reservado ese licor terrible

Para tí; bebe pues, y con fiereza

El cuello dobla de la muerte al yugo.

En Castilla no le hay, sé tu verdugo.

Hiss. No es necesario que á morir me ayude

Con ira ó con piedad ningun cristiano.

(Toma la copa.)

Mientes si piensas que al asirla dude

Medroso el corazon, débil la mano:

No, que aun valor al corazon me acude

Para decir muriendo á un castellano:

Ni quiero tu perdon, ni le merezco;

Tu enemigo nací y aun te aborrezco. (Bebe.)

Conde. Digna de mejor causa es tu osadía.

¡Dios te la tome en cuenta! ¿Sancho?

## ESCENA XIV.

EL CONDE, HISSEM, SANCHO.

*Conde, á Sancho.* Espera  
Que los ojos ese hombre cierre al día  
Y guárdale allí dentro hasta que muera.  
*Hiss.* No he de tardar. A mi sepulcro guía:  
Me avergonzara que caer me viera:  
No imaginara que en aquel momento  
Le imploraba perdón, falto de aliento.

## ESCENA XV.

EL CONDE.

Mi deber con el mundo está ya lleno;  
Mas ¡ay! réstame aún mi sacrificio:  
Beber el cáliz del dolor ajeno,  
Levantarme yo mismo mi suplicio.  
Esta tribulación pesa ¡oh Dios bueno!  
En la balanza de tu eterno juicio;  
Y espíe mi desmán contra mi padre  
La ofrenda colosal que hago á mi madre.  
(*Montero se presenta á la puerta del camarín donde metió á Hissem: el conde al verle dice espantado:*)  
¡Sancho, tan pronto!  
*San.* De espirar acaba.  
*Conde.* Me horrorizo mirando ¡si lo bebo!  
El desastrado fin que me esperaba.  
Bien hice: en calma la conciencia llevo.  
Separados están: su fé lo estaba,  
Y un porvenir igual darles no debo:  
No, obre cristiano: sin piedad le inmolo:  
Baje á la eternidad, mas baje solo.  
Mas concluyamos de una vez: no quiero  
Dejar á la mitad tan grande hazaña,  
Que fuera necio: ayúdame, Montero.  
(*El conde y Montero sacan á la condesa desvanecida en un sillón. La colocan en la escena, y el conde abre el camarín en que encerró al judío.*)

## ESCENA XVI.

EL CONDE, LA CONDESA, SIMUEL  
BENJAMIN, SANCHO.

*Conde, al judío.* Vamos, judío, de tu  
ciencia estraña  
El poder misterioso manifiesta.  
*Sim.* Paso me haced, mi mano está dis-  
puesta.  
(*El judío se acerca á la condesa, y sa-  
cando de una bolsita de piel una pe-  
queña redoma se la aplica al olfato. El*

*conde y Sancho lo contemplan con an-  
siedad.*)

Dejadla reponer muy poco á poco;  
La escitacion en su cerebro loco  
De violenta impresion será funesta.

*Conde.* ¡Oh, vuelve!

*Sim.* Sí; respira; en grato sueñe

Reposaba, y si el tiempo que la espera  
No ha de ser tan tranquilo y halagüeño..

*Condesa.* ¡Ay!

*Conde.* Silencio, rabino; todos fuera  
(*Sancho Montero y el judío salen por la  
puerta del fondo. El conde se aparta á  
un lado de la escena, y la condesa em-  
pieza á volver en sí.*)

## ESCENA XVII.

EL CONDE, LA CONDESA.

*Condesa.* ¿Dónde estoy? ¿Quién me  
turba mi reposo?

En deliciosa paz soñando estaba,  
Y ¡ay de mí! ¡con qué sueño tan hermoso  
Mi apesarado espíritu gozaba!

\* Sueño de luz, de calma y de ventura

\* Con encantada música arrullado,

\* De cielo azul á la influencia pura

\* Por perfumadas auras oreado.

\* ¡Cuán odioso es volver tras este sueño

\* A la verdad de la azarosa vida!

\* Mas... ¡qué recuerdo...! ¡Si, contorvo ceño

\* Le sombreó vision descolorida!

\* La vi á lo lejos, sí, los resplandores

\* Cruzar de horizonte luminoso

\* Fijando en mí sus ojos vengadores;

\* Los ojos ¡ay! del hijo y del esposo.

Mas ya desapareció.

(*Se va á volver, y ve la mesa con las  
copas, etc.*)

¡Cielos! ¡qué miro!

Esa mesa... esa copa... (*La mira.*) ¡está  
vacía!

Le habrá costado hasta el postrer suspiro.  
¡Infeliz! ¡hijo mio!

(*Al volverse del otro lado, encuentra á  
Don Sancho, que la tiende los brazos.*)

*Conde.* ¡Madre mia!

*Condesa.* ¡Sancho!

*Conde.* ¡Madre, perdón! si  
á tanto he osado,

En el libro de Dios estaba escrito.

*Condesa.* Pero esa copa... (*Con afán.*)

*Conde.* La apuré el culpado;

La tumba guarda ya vuestro delito.

Mirad.

(*La muestra el cuarto en que se supone  
que yace Hissem.*)

*Condesa.* ¡Gran Dios!

*Conde.* El es: él, que os vendía  
De torpe amor bajo el impuro velo  
Y á vuestra perdición os conducía.

*Condesa.* ¡Ah! ¡no lo mientes ya!

*Conde.* No, madre mia.

Yo juzgo su traición, su amor el cielo.

*Condesa.* Gracias, Sancho: aunque lá-  
grimas me cuesta,

No volverle á encontrar quiero en el mundo  
Que me arrastraba su pasión funesta.

*Conde.* Guardadlo en el silencio mas pro-  
fundo,

Madre, y romped ese padron infame  
(*La da el pliego que Sancho quitó á  
Hissem.*)

De vuestro deshonor: ya no hay ahora  
Quien esa prueba contra vos reclame.

*Condesa.* ¡Hijo mio!

*Conde.* Y oid, madre y señora,  
Que pronto es fuerza que el clarín me llame

Para salir contra la hueste mora,

Y antes, de mi cariño daros quiero

La última prueba, y el á Dios postrero.

Si habeis manchado vuestro honor liviana,

Fea fragilidad en vos ha sido,

Mas carga fué de nuestra raza humana

Y frágiles al mundo hemos venido;

Mas decir que una noble castellana

Quiso al hijo matar de ella nacido

No ha de poder el mundo, madre mia,

Mientras ayude Dios á Don Garcia.

Espuesto al vulgo su cadáver frio

A mis puertas será: tumba mentida

Tendreis vos, y ese crimen será mio.

Sí, de Oña en los peñascos escondida

Monasterio fundad triste y sombrío

Dó el funeral os rezarán en vida;

Mas circunde ese santo monasterio

Siniestro y espesísimo misterio.

Créale todo el mundo alucinado

Como eterna señal espiatoria

Sobre el sepulcro vuestro levantado

De un parricida vil torpe memoria.

Mas antes que el sepulcro el templo alzado

Penitente vivid: mienta la historia,

Y antes que vuestro honor por mí sucumba,

Abrase al mio deshonrada tumba

*Condesa.* ¡Tú! ¿tú arrostrar de mi pasión

funesta

¿a deshonra? Jamás. Morir prefiero.

*Conde.* Madre, no recordéis lo que me

cuesta

Tamaña abnegacion; mas yo lo quiero.

Vuestro hijo soy, mi obligacion es esta,

Y obraré como cumple á un caballero:

Sabré, aunque el mundo me acrimine un día,

Que hijo fué para vos Sancho Garcia.

Ni una palabra mas, madre, ni una.

Partid: gloria y honor os sacrificio,

Y puede una palabra inoportuna

Hacerme vacilar: que es don muy rico

El que la gloria y el honor aduna.

Montero irá con vos, os lo suplico;

Y en la próxima noche idos segura

Con gente fiel y con la niebla oscura.

*Condesa.* Sí, Sancho, partiré desde esta  
hora

A socavar mi funerario lecho

Donde yacer en paz; mas que tu pecho

No me guarde rencor.

*Conde.* Nunca, señora.

*Condesa.* Yo de mi celda en el recinto es-  
trecho

Del Dios que escucha á quien con fé le im-  
plora

Atraeré sobre tí y sobre tu gente

La escelsa bendicion omnipotente.

¡A Dios! (*Se abrazan.*)

*Conde, llevándola y deteniéndola en el  
dintel de la puerta. Id, y si os  
llevan algun día*

Mi cadáver envuelto en mi bandera,

Sobre el sangriento tronco ¡madre mia!

Berramad una lágrima siquiera.

Y al grabar en mi losa: «*Aquí Garcia,*»

Decid sobre ella por la vez postrera:

«*Caballero murió, murió inocente.*»

Yo vivo aún, y el universo miente.»

## ESCENA XVIII.

EL CONDE.

Como quien soy cumplí: ya estoy tranquilo.  
En buen hora los siglos engañados  
Mi historia cuenten con airado estilo:  
Mi nombre y mi valor sean mirados  
Con horror en buen hora: no vacilo.  
No es mio el crimen con que van manchados,  
Y ese borron que empaña mi memoria  
En mi tumba será *Sol* de mi gloria.  
A ella osarán con lenguas fementidas  
Las almas ruines al valor estrañas,  
Mas saldrán á dejarlas desmentidas  
Las legiones que dejan mis campañas  
En Osma y en Sepúlveda tendidas.  
Sí, yo cuento mis dias por hazañas,  
Y descender á mi sepulcro puedo  
A desleal posteridad sin miedo.  
(*Llamando.*)

¡Sancho!

## ESCENA ULTIMA.

EL CONDE, SANCHO.

*San.* ¿Señor?

*Conde.* ¡Mi lanza y mi caballo!  
Mi fortuna á arrostrar con alma entera  
Y á morir con honor pronto me hallo.  
Sea paño á mi tumba mi bandera,  
Y al echar sobre mí su injusto fallo,

Diga por fin la gente venidera:

« Con tan gran corazon ser no podia  
Un malvado tan vil Sancho García. »

(Sale el conde, Montero le sigue. — Cae el telon.)

NOTA DEL AUTOR. Todos los versos que van marcados con esta señal \* se suprimieron en la representacion, por evitar pesadez en las escenas á que corresponden; y porque la decoracion de la segunda parte del acto segundo se varió, dejándola en un simple subterráneo.

## CAIN, PIRATA,

CUADRO DE INTRODUCCION AL DRAMA EN TRES ACTOS

TITULADO

## UN AÑO Y UN DIA.

## PERSONAS.

CAIN, capitan pirata.  
RODULFO.  
ELENA.  
PEDRO.

TOMAS.  
UN MARINERO DE LA MARINA REAL.  
DOS MARINEROS PIRATAS  
DOS DE LA MARINA REAL.

La escena es en la isla Cabrera, una de las Baleares. Siglo XVII.

Playa desierta en la isla Cabrera. Mar en el fondo.  
Rocas á la derecha. La accion empieza al anocheecer de un dia de junio.

## ESCENA PRIMERA.

(El mar empieza á calmarse despues de una tempestad y la noche va cerrando. Pedro aparece bajando por los peñascos á la playa, desde donde contempla el mar, sentándose en una piedra.)

PEDRO.

¡Esto va malo, Perico!  
No es esta vida salvage  
Para quien ha estado siempre  
Entre seres racionales.  
Ello es verdad que, no habiéndolos  
Aquí, tampoco hay percances  
De escribanos ni alguaciles...  
Y esto, ¡qué diablo! algo vale.  
Aquí nadie me pregunta  
Ni exige pruebas legales  
Que acrediten que soy Pedro,  
Diego, Juan, Antonio ó Jaime;  
Mi oficio, mi ocupacion,  
Qué casa vivo y qué calle.

Todo eso es verdad, sin duda,  
Y una ventaja muy grande  
Para hombres que como yo  
No gustan de que se hable  
Mucho de ellos: mis asuntos  
Al cabo á nadie le atañen.  
Pero ajustando las cuentas  
En limpio, y por otra parte  
Viendo el negocio, es muy duro  
Que un hombre la vida pase  
Como un lobo entre las peñas,  
Los espinos y los árboles,  
Durmiendo en una caverna,  
De peces alimentándose,  
Y esperando á que la mar  
Le arroje algo que le cuadre,  
Presa arrancada á otro pobre  
Por traidores temporales.  
¡Oh, y el de hoy fué cosa horrenda!  
Hizo noche á media tarde.  
Esto va malo, Perico...  
Mas de la vista al alcance  
Flota en el agua un objeto,  
Dos, tres... ¡bah! Dios te lo pague,  
Levante amigo, que empujas  
Hacia tierra el oleage.  
Y es un barril... ¡haga el diablo  
Que no sea de vinagre,  
Que á fé que no necesito